

—¡Eres una bellísima embustera!—susurró a tu oído.

No replicaste. Ni lo intentaste siquiera. Sabías que las inflexiones de tu voz volverían a traicionarte.

Los dedos, temblorosos, aprisionaron por tercera vez la taza de porcelana. Y la llevaste a los labios para disimular en un sorbo de té la inquietud de tu alma.

\* \* \*

Volví al salón de té. Pero esta vez no te vi con Luci y Rosa Mari. En un rinconcito apartado departías amigablemente con aquel teniente provisional de bronceada piel y pupilas de acero. Tus rasgados ojos rutilaban radiantes de íntima felicidad. El dibujo angelical de tus labios y la herida fresca y sangrante de tu boca se dilataban en amplia sonrisa de púrpura y marfil. Y en el iris de tus pupilas—diáfanas, límpidas y cristalinas como las aguas de un lago—y en el círculo sangrante de tu boca de nieve supe ver y comprender la honda metamorfosis operada en ti. Amabas y, al parecer, eras amada. Amabas intensamente. Con toda tu alma. Como sólo se ama una vez en la vida. Como aman los elegidos de Dios. Sólo tenías ojos para él, corazón para sentirle y alma para comprenderle. Pendiente de su voz. De sus ojos. De sus menores detalles. Y eras feliz en tu pequeño mundo, sin importarte ni preocuparte otra cosa que no fuera ese gran amor que iluminaba y absorbía toda tu existencia.

\* \* \*

—¿Me amas?

—Sí, Luis; con toda mi alma.

—¡Oh, Margot adorada!

Y, enlazadas las manos, os mirabais largamente a los ojos. Y hablaron las pupilas, rutilantes, con ese lenguaje mudo y elocuentísimo que emplean las almas para comprenderse...

\* \* \*

Ha transcurrido un mes... Como de costumbre, volví al salón de té. No tardé en divisarte. Te vi como la primera vez... acompañada de Luci y Rosa Mari. Junto a éstas, Mario y Rodrigo, sus novios. Luis, aquel apuesto oficial de cabello de ébano, no está a tu lado, como la última vez, ni aquella otra mesita donde te contemplara cierta tarde entre espirales de humo y quejidos de violines... Estabas sola. Muy sola. Más sola que nunca. Ya no resplandecían tus pupilas con aquel brillo. Las cubría una densa nube de tristeza y melancolía. Ojos tristes, llorosos, húmedos, sin vida, de una languidez enfermiza. Ojos que hablaban de sollozos incontinentes, de lágrimas ardorosas, de insomnios frecuentes, de horribles pesadillas. Ya no sonreía tu boquita de grana. Permanecían apretados los labios en una ligera contracción de amargura. Y, a pesar del «rouge», se adivinaba más que se veía la palidez intensa de tu rostro. Tu rostro, que parecía de jugo de rosas, tenía ahora la cadavérica palidez de una magnolia... Pálida, delgada y ojerosa, dadas la sensación de una rosa marchita, seca, amarillenta, con la palidez precursora de la muerte... Mirabas sin mirar. Parecías una iluminada. Ingrávida y vaporosa como una aparición. No parecías humana. Tu belleza ajada me impresionó tanto que sentí miedo por ti... Y en cada uno de los rasgos de tu rostro leía claramente la tragedia dolorosa de tu vida...

Inopinadamente alzaron tus ojos. Chocaron en el espacio con los míos. Al leer en ellos comprendiste que tu dolor había sido descubierto. Fugazmente se colorearon tus mejillas y con torpe movimiento elevaste la taza de té a la altura de los labios. Quedaron nuevamente inmóviles tus ojos, clavados en la mesa. No sé por qué me pareció ver en ellos una llamita fugaz de odio y dolor...

\* \* \*

Sumido en hondas meditaciones abandoné el salón de té. Pensaba en las tragedias que originan las travesuras del pequeño dios. Pensaba en aquella niña convertida en mujer en la fragua del amor y del dolor... Y pensaba en lo justo y en lo injusto de aquella llamita de odio...

\* \* \*

En un portal, una pareja charla animadamente. Me detengo para encender un pitillo. Hasta mí llega, suave como un susurro, un fragmento del idilio:

—¿Me quieres?—pregunta ella dulcemente.

—Con delirio—replica él apasionado.

—¿Siempre?—insiste ella.

—¡Siempre!

—¿No me olvidarás?

Frente a ella yo permanecí estático y sin saber cómo empezar.

—¡Jamás!

—¡Mi cielo!—suspira ella dichosa.

—¡Mi muñequita querida!

No sé, pero... me he quemado los dedos y... no he encendido el cigarro. Me ha parecido oír el divino chasquido de un beso... Suspiro profundamente y prosigo, más preocupado, camino del hotel... Mientras, de mis labios ha brotado una frase:

—¡Margot! ¡Pobre Margot!...

## LA MENTIRA PIADOSA

Aquella tarde no fué Margot al salón de té. En la mesa de costumbre estaban Rosa Mari y María Luisa con sus novios. ¿Por qué no vendría Margot?...

Un chaval pasó junto a mí portando bajo el brazo una colección de periódicos.

—«Madrid», «Informaciones», señor.

—«Madrid».

Desdoblé distraídamente el popular diario de la noche. Al leer las notas de sociedad quedé vivamente sorprendido:

«Se halla gravemente enferma la bella y distinguida señorita Margarita Alcázar y Rodríguez del Castillo.»

Fué tan grande la sorpresa, que volví a leer. No era producto de mi fantasía. Allí, con letras de molde y presagio de muerte, estaba grabada la triste noticia.

—No cabe duda—pensé—; es Margot...

Mis recuerdos se remontaron a la última tarde que la viera en este mismo salón de té. Evoqué su rostro marchito y su mirada sin brillo, plasmada de opacidades...

No sé cómo ni a qué fuerza extraña obedeció aquel impulso. Lo cierto es que en aquel momento me hallaba junto a las dos parejitas.

—Buenas tardes—dije, inclinándome ligeramente.

Todos giraron el rostro hacia mí, un tanto sorprendidos. Los ojos de Rosa Mari se clavaron interrogantes sobre los míos.

—¿Me podrían decir el domicilio de Margarita Alcázar?—pregunté, dirigiéndome a ellas.

Rosa Mari y María Luisa se miraron con cierta extrañeza. Comprendí. Yo era un desconocido. Debía ser más explícito.

—Es que—añadí esbozando una sonrisa—traigo para ella... noticias de Luis, y...

Esta vez las dos jovencitas se miraron asombradas. Tras un breve silencio, habló María Luisa:

—Margot está en cama desde hace varios días. Su estado es bastante grave, y no sé si...

—Lo sé y lo comprendo, señorita—repliqué interrumpiéndola—. Precisamente por eso, y dada la índole de la misión encomendada, es por lo que tengo sumo interés en conocer su domicilio. Por dicha

(Continúa en la pág. 50.)

